

The illustration depicts a stylized, colorful scene. In the foreground, a blue, rounded figure with a white, pointed top is shown from the back, looking towards a large, dark, textured structure. To the left, a tall, blue, translucent tower with a red lattice-like structure is visible. The background is a dark, starry space with a large, blue, abstract shape on the right. The overall style is painterly and vibrant.

Martín Casariego Córdoba

POR EL CAMINO DE
ULECTRA

**IV PREMIO ANAYA
DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL**

Martín Casariego Córdoba

POR EL CAMINO DE
ULECTRA

ANAYA

*IV Premio Anaya de Literatura Infantil y Juvenil,
convocado por Grupo Anaya y Ámbito Cultural (El Corte Inglés)*

1.ª edición: abril 2007

© Martín Casariego Córdoba, 2007
www.martin-casariego.com
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta:
Stock Illustration Source/Getty Images

ISBN: 978-84-667-6294-6
Depósito legal: M. 13830/2007
Impreso en Anzos, S.A.
La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas
por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*,
del año 1999

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

I

Una extraña conversación

Cuando Miguel se disponía a salir de su casa, Van Horne le llamó. El aspecto de Van Horne sería, en otra época, el correspondiente a un hombre de treinta años, pero contaba ya setenta, es decir, solo le quedaban cinco de vida. A Miguel le apenaba que su padre no pudiera sobrepasar esa edad, pero era lo mejor para la sociedad. En cuanto a él mismo, solo tenía quince años y su muerte no le preocupaba: 2374 quedaba muy lejos.

—Miguel —empezó su padre—. Mañana viajo a Ulectra con Izza. Hemos decidido pasar juntos las vacaciones. Pon el pie ahí —agregó, indicando un taburete.

Miguel, calzado con unas sandalias que dejaban los dedos al aire, obedeció. Van Horne sacó una jeringuilla y le pinchó bajo la uña del meñique. Miguel sintió una ligera punzada. Miró su pie y vio con desagrado una partícula gris oscura, casi negra, bajo su uña. ¡Nunca la había tenido tan sucia!

—¿Qué has hecho? —preguntó, todavía sorprendido.

—Es una copia sin huella: nadie sabe que existe y no ha dejado rastro —explicó Van Horne—. Si cualquiera, sea quien sea, te pregunta por eso, di que llevas luto por alguien. Bajo ningún concepto te la saques, ni siquiera por un segundo. Si tengo algún accidente, tú deberás viajar a Ulectra por mí. Reconocerás a los amigos porque cuando digas: un hombre vale más que una mu-

jer, te contestarán: sí, pero tres mujeres valen más que tres hombres.

—Pero, papá... —protestó Miguel—. ¿Me tomas el pelo? Eso no tiene sentido...

—*El viento curva el viento curva / Los árboles de la ciudad* —murmuró Van Horne, mirando por la ventana.

—¿Estoy en una filmvivencia?

—Es fácil salir de dudas —respondió su padre—. Pronuncia tu clave de salida.

—JP5676.

Dicho eso, Miguel comprobó que nada había cambiado: seguía en el despacho de su padre. ¿Qué significaba todo esto? ¿Por qué le había infiltrado un activador sin huella? ¿Y esa contraseña disparatada? ¿Quiénes serían esos amigos? ¿Por qué iba a tener su padre un accidente? ¿Y por qué en tal caso debería viajar él a Ulectra? Tales preguntas obtuvieron las siguientes respuestas por parte de Van Horne: No preguntes; Es mejor que no lo sepas por ahora; No la olvides; Ellos se presentarán, o se descubrirán al contestar; Cualquiera puede tener un accidente; Basta, Miguel, es suficiente: he dicho que nada de preguntas, obedece y calla. ¡Ay, los padres y sus razonamientos! Siempre acaban igual: obedece y calla, o calla y obedece.

Cinco minutos después de la extraña conversación, Miguel se impacientaba ante la puerta de la casa de Glaster. Llevaba esperándola ya tres minutos. Por fin la puerta se abrió y apareció la tardona. Era la hija de Izza. Izza y el padre de Miguel eran científicos, y trabajaban juntos desde los dieciocho años.

—¡Hola! —le saludó Glaster—. Siento que te hayas adelantado.

¿Es que esa chica no sabía qué era una disculpa? Miguel hizo una mueca y de un salto subió al maserauto. Glaster, de un brinco igualmente ágil, se acomodó a su lado.

—A los cines —dijo Miguel.

—Con parada en el primer votómetro —añadió Glaster.

El aerodinámico y pequeño maserauto, atendiendo las instrucciones recibidas, inició el recorrido. Cuando se detuvo ante el

llamativo votómetro, Glaster saltó. Ninguno de los dos advirtió que, al hacerlo, una cajita azul metálico había salido volando del bolsillo de su cazadora, y había quedado oculta entre unos tulipanes.

—¿Has votado ya para el tiempo? —preguntó Glaster.

—¿Tú qué crees? —contestó Miguel, mirando al frente y exagerando el tono de aburrimiento—. El plazo termina dentro de dos minutos.

—Oye, si estás de mal humor, tómate una pastilla —dijo Glaster, mientras seleccionaba «tiempo para la próxima semana» y, presionando con el pulgar, cuya huella dactilar era registrada, votaba por su preferencia—. Si voy al cine contigo es únicamente por contentar a mi madre, ¿queda claro?

—Clarísimo —respondió Miguel—. Y si yo voy contigo, es para contentar a mi padre, ¿queda igual de claro?

Hicieron el resto del trayecto en silencio, él pensando en la misteriosa conversación mantenida con su progenitor y ella, en la cajita que le había dado su madre. Glaster metió la mano en el bolsillo de la cazadora, y palideció: la había perdido. ¿Dónde? ¿Al saltar del maserauto, quizá? Buscó en el asiento, en el suelo del vehículo: nada. No se atrevió a pedir a Miguel que la llevara al votómetro: estaba de un humor de perros, y seguro que le soltaba un ladrido. Ante la taquilla del cine, uno de los más exitosos entretenimientos del complejo de atracciones Leibniz, Miguel preguntó, seco:

—Dos horas, ¿no?

Glaster se encogió de hombros. En ese momento, solo le preocupaba la dichosa cajita.

Dos mujeres, al pasar a su lado, no pudieron evitar quedarse mirando a Miguel durante unos segundos. Guapo, alto, delgado pero más bien ancho de espaldas, realmente llamaba la atención.

—Invito yo. A lo mejor así me perdonas que te haya hecho esperar tantíiiiisimo tiempo.

En vista de la nueva pulla, Miguel ni dio las gracias por la invitación. Justo cuando entraban en la sala, un acomodador-ro-

bot se abalanzó sobre ellos. Glaster y Miguel sintieron un chispazo.

—¡Mira por dónde vas! —le recriminó Miguel—. ¡Y a ver si te descargas, que estás pasado de electropos!

Pero el robot ya desaparecía, sin haberse molestado en disculparse.

Se sentaron en butacas contiguas y, tras introducir la clave, se colocaron los transmisores. Cada uno seleccionó su canal. Cuando, antes de conectarse, Glaster vio que Miguel se tragaba una pastilla antidolor, supo que había elegido otra vez una filmvivencia de acción.

II

Cambio de identidades

Tras la fase interactiva en tres dimensiones del siglo XXI, el cine había dado un paso más: las películas eran vivenciales. El espectador se convertía en el protagonista. No solo pensaba y decidía qué hacer, sino que sentía, tocaba, veía, oía, olía y saboreaba. Si, por poner un ejemplo, un cuchillo cortaba un dedo del protagonista, el espectador vivencial sentía auténtico dolor... al menos, si se había olvidado de tomar las pastillas antidolor, incluidas en el precio de las entradas.

En cuanto comenzó la película, Glaster se evadió de todas sus preocupaciones reales. Sufrió y disfrutó en las dosis perfectas. En más de una ocasión hubo de secarse algunas lágrimas que corrían por sus mejillas, pero al final, todos los problemas se solucionaban. ¿Por qué no existirían en la realidad hombres como los personajes inspirados en Clark Tusita, duros y tiernos, viriles y femeninos, ordenados y anárquicos, serios y alegres, solitarios y sociables, todo a la vez? ¿Era tanto pedir? Mientras Glaster se sumergía en la historia de amor virtual, Miguel se enfrentaba a un científico loco que pretendía, con una banda de máquinas, tomar el poder, tras haber secuestrado a Alexandra (inspirada en Pamela Sgaer, su favorita), la hija de uno de los miembros del Consejo Superior. Las dos horas pasaron volando para ambos.

—¿Cuántas veces te han matado? —preguntó Glaster, con cierto retintín, nada más levantarse de su butaca.

—Dos —respondió Miguel—. ¿Y a ti, cuántas te han...? ¿Cuántos...? En fin, eso...

—¡Eres un enfermo!

Ella alzó la mano, pero, antes de que pudiera abofetearle, él le sujetó la muñeca.

—¡Tírate por un barranco! —masculló Glaster, rabiosa.

Cuando Miguel estuvo seguro de que ella no le iba a golpear, la soltó.

Nada más salir de la sala, Glaster se detuvo tan bruscamente que Miguel tropezó con ella.

—¿Qué haces? —la recriminó.

Pero inmediatamente enmudeció: el distribuidor estaba tomado por la policía, que había instalado unos controladores en las salidas. Todos los que querían salir habían de pasar entre sus rayos. Ante la puerta de los servicios, inmóvil, quizá definitivamente retirado, estaba tendido el acomodador-robot con el que se habían chocado al entrar en la sala.

—Es el acomodador de antes —dijo Glaster.

Miguel se dirigió a dos agentes que se disponían a entrar en la sala 5, la que ellos acababan de abandonar.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —respondió sin cambiar la expresión uno de ellos, el que tenía los ojos negros, opacos, como de magnetita—. Tienen que salir todos. Pasen por el controlador y abandonen el centro.

Al atravesar Glaster los rayos, la pantalla pronunció un nombre: Adele Rocamora. Cuando le llegó el turno a Miguel, el nombre resultó ser Daniel Emerson. ¡No eran los auténticos! Se miraron sin decir nada, y Glaster volvió a pensar en la cajita que le había entregado su madre: ¿qué sería? No la había abierto porque intuía que iba a traerle problemas, y eso era, al parecer, lo que había por allí: problemas. Tanteó el bolsillo para cerciorarse de que no la tenía, como así era. ¿Se le había caído junto al votómetro? ¿Se la habían robado? Un policía les señaló la salida.

—¿Has visto? —dijo Glaster, muy excitada, ya fuera del complejo—. ¡Han cambiado nuestra identidad!

Miguel agarró del brazo a Glaster, y con la mano libre señaló hacia el aparcamiento. Una patrulla rodeaba el maserauto.

—Creo que, mientras no sepamos qué se está cocinando, será mejor ir a pie.

—Estoy de acuerdo —convino Glaster—. Y por cierto, si no te lavas los pies, no uses sandalias. Da verdadero asco.

—No está sucia, es... —Miguel se calló: ¿debía revelar que aquella suciedad era en realidad un misterioso activador que le había confiado su padre?

—Es... es... —se burló Glaster—. ¿No se te ocurre ninguna mentira, Emerson?

—Ahí va una, Rocamora: estás muy guapa.

Glaster hizo un mohín para indicar que la gracia de Miguel no tenía gracia.

Empezaron a andar hacia su calle, sin hablar. Glaster comenzaba a obsesionarse con la pequeña caja. ¿Qué contendría? Se arrepentía de no haberla abierto inmediatamente. Tenía que dominarse para no ir corriendo al votómetro, pero no quería mostrar una actitud que pudiera levantar sospechas. A duras penas mantenía a raya su impaciencia. Cuando llegaron a la altura del votómetro, Glaster se detuvo.

—Espera.

Se agachó y hundió la mano entre los tulipanes que rodeaban el aparato. Al enderezarse, exhibió triunfante la cajita de color azul metálico.

—Se me cayó al bajarme del maserauto —explicó, guardándosela en la cazadora—. Me la dio mi madre justo antes de salir. He tenido suerte, me la hubieran pillado con los rayos.

—No digas tonterías —dijo Miguel, que, pese a la seguridad que procuraba aparentar, se sentía intranquilo—. Si buscaran algo que la madre de Glaster le dio a Glaster, se lo quitarían a Glaster, y no a Rocamora. Y además, ¿para qué iban a buscar eso? ¿Qué tiene?

—Aún no la he abierto, puedo controlar mi curiosidad. ¿Sabías que antiguamente las mujeres tenían fama de curiosas?

—¿Solo antiguamente? —preguntó Miguel con sorna.

Continuaron el camino hacia sus casas en silencio.

Glaster sufría. Sentía algo muy fuerte por Miguel, contra lo que llevaba meses luchando sin éxito. Y no podía contar a nadie su secreto, porque nadie la comprendería. A todo el mundo le habían implantado un inhibidor para no enamorarse, ¿por qué tenía que fallar justo el suyo? Y es que estaba segura, aunque no pudiera hablarlo con nadie: eso que sentía era amor. «Y encima es un creído», pensaba rabiosa. «Si no fuera por esos ojos verde piromorfita...».

III

La misión

Cuando estaban a unos cien metros de la casa de Miguel, les adelantó un deslizador de la policía, con el lanzadestellos y la sirena activados. Sin pronunciar palabra, presintiendo alguna desgracia, los dos jóvenes aceleraron el paso. Al doblar la calle, Glaster, ahogando un grito, clavó sus uñas en el brazo de Miguel: la casa de su acompañante se había convertido en una masa plástica, informe y negra. Varios vehículos de la policía y numerosos agentes la rodeaban, y una cinta de luz cerraba el acceso a todo aquel que careciera de la pertinente autorización. El primer impulso de Miguel fue echar a correr hacia los restos de su hogar, pero Glaster se lo impidió, agarrándole con fuerza.

—¡Espera!

—¡Suéltame! —se revolvió Miguel, furioso. De un golpe, se liberó de la mano que le aferraba.

—¿Y si nos están buscando? Cálmate... Si llegas corriendo, si te identificas como el hijo de Van Horne... Aún no sé qué esconde la caja...

Miguel, recordando las raras instrucciones dadas por su padre y el activador que ennegrecía una de las uñas de sus pies, comprendió que Glaster tenía razón. Era mejor ser prudente. Pero tampoco podía pasar más tiempo sin saber qué le había ocurrido a Van Horne.

—Vamos —dijo.

Cuando llegaron al cordón, un oficial dejó de hablar con el juez y se dirigió hacia ellos.

—No se muevan —advirtió—. ¡Sargento! ¡Identifíquelos!

Un agente, alto y fornido, como todos, se acercó a los chicos con un pequeña canica fosforescente, color rojo wulfenita. La acercó al rostro de Miguel a la altura del ojo derecho, y luego hizo lo mismo con Glaster.

—Adele Rocamora y Daniel Emerson —informó la canica.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Miguel, procurando que su voz sonara tan neutra como la de la identificadora.

—Un incendio fortuito —explicó el oficial—. Estamos descriptando el chip amarillo del limpiador-robot, puede que haya sido el causante. El forense acaba de identificar los restos de Ocrán Van Horne e Izza Sanabu.

Miguel sintió que las piernas le flojeaban, y Glaster, un mazo en el pecho. Los ojos del oficial se aguaron y su expresión se dulcificó, justo antes de lanzar la pregunta:

—¿Conocéis vosotros a sus hijos? Miguel Van Horne y Glaster Sanabu.

—No —dijo Miguel.

—Yo, de vista —intervino Glaster.

—Bien. Pues si les veis, avisad inmediatamente —ordenó el oficial, manteniendo, pese al tono inflexible de su voz, una mirada cargada de bondad—. Les estamos buscando para darles la noticia e iniciar el tratamiento de ayuda.

—Nosotros... Íbamos al Bei-lang Terrace —improvisó Glaster, mientras empezaba a retroceder—. Avisaremos si les vemos.

Glaster se dio la vuelta, y tomó la dirección del bar chino que había mencionado. Cuando ya se habían alejado lo bastante, adentrándose en el parque en uno de cuyos extremos estaba el Bei-lang Terrace, Miguel, que caminaba rezagado, dio dos zancadas, alcanzó a Glaster y la tocó en el hombro.

—Glaster... Es admirable cómo has encajado la noticia sin llorar... Yo...

Unas lágrimas resbalaban por las mejillas de Miguel. Al volverse Glaster, él comprobó que también ella estaba llorando. Se abrazaron sin decir palabra. La hija de Izza le parecía a menudo una cría consentida, y sin embargo le comunicaba en ese instante un agradable calor, una ternura que le consolaba. Glaster, por fin, se separó.

Llegaron al bar, y nada más sentarse, un camarerrobot les atendió.

—Un batido de vainilla —pidió Glaster.

—Otro para mí —dijo Miguel.

El camarerrobot se dio la vuelta y se dirigió hacia la barra. En cuanto se vieron solos, Glaster puso la cajita sobre la mesa.

—Quizá aquí haya alguna respuesta a lo ocurrido.

—¿Qué insinúas? ¿Que han sido eliminados?

Glaster se encogió de hombros.

—Aún no he dicho nada, pero tú tampoco has querido identificarte, y convendrás conmigo en que todo es muy raro: esta cajita, el acomodador-robot que nos ha proporcionado otra identidad, y luego... —y aquí su voz tembló, y dejó la frase sin terminar. De pronto, sus ojos se achinaron—: ¿Me ocultas algo, Miguel?

—No —respondió el interpelado, con expresión inocente.

Glaster le examinó unos segundos con extrema atención. «Es un creído y le creo», pensó.

—Te creo —dijo.

El hijo de Van Horne se sintió a la vez aliviado y culpable: se sintió como un traidor que no ha sido descubierto. Volvió el camarero con las consumiciones, se marchó discretamente, y Glaster abrió la caja. Contenía un pequeño cono truncado de color rojo y una lámina de plástico azul de reducido tamaño.

La lámina azul era, sin duda, un mensaje cifrado que solo conectándolo a la piel de su destinatario, es decir, de Glaster, se podría escuchar; en cuanto al cono truncado, se trataba de una pila pulsar. Habían visto algunas en el laboratorio de sus padres, y sabían que eran carísimas.

—Mi madre me dijo que primero escuchara el mensaje.

Y nada más pronunciar esas palabras, aplicó la lámina azul al puerto insertado bajo su piel, en la base de la nuca, y activó mentalmente el micrófono, para que Miguel lo pudiera oír.

—Espero, Glaster, que esta no haya sido la última vez que nos veamos —sonó la voz de Izza—. Dentro de una hora me reúno con Van Horne. La pila pulsar es idéntica a la que nosotros llevamos para viajar a Ulectra, como culminación del proyecto en el que llevamos trabajando en secreto desde hace muchos años —mientras escuchaban el mensaje, Glaster evitaba mirar a Miguel, para dominar mejor sus emociones—. Nuestro plan es conectar el activador que hemos creado con el Ordenador Central. Sabemos lo que arriesgamos, pero en la vida no siempre hemos de pensar únicamente en nosotros mismos, y si lo conseguimos, todo el mundo aprenderá a leer, y podrá ser, por fin, libre; o al menos, un poco más libre... Van Horne y yo hemos intentado aprender a leer, pero es inútil: todos tenemos un implante antilectura que nos lo impide. Contamos con algunos aliados, que mediante la contraseña se darán a conocer, pero si fracasamos, tú y Miguel decidiréis si lo intentáis o no... Para tomar vuestra decisión, tened en cuenta que el premio es recuperar una gran riqueza espiritual perdida durante generaciones, y que el castigo puede ser la muerte. Borra esta grabación nada más escucharla. Te quiero mucho, hija mía. Solo Dios sabe si nos volveremos a ver...

El mensaje terminaba con un beso. Glaster conectó en el puerto de Miguel la lámina azul: al no reconocer el ADN, el mensaje se destruyó.

—¿Aprender a leer? —se asombró Miguel, observando cómo Glaster tiraba la lámina inutilizada en el reciclador de la mesa—. ¿Y por eso han arriesgado sus vidas? Para empezar, ¿qué es leer?

—Descifrar un código de signos. Son palabras. Al leer... —Glaster dudó—. Bueno, creo que era algo así como si los jeroglíficos cobraran vida, y se entendieran... como si hablaran dentro de tu cabeza.

—¿Como pensamientos? —aventuró Miguel.

—No sé —admitió Glaster—. Supongo que sí.

—¿Y para qué queremos eso? ¿De qué sirve, si tenemos archivos, grabadoras, instonet, filmvivencias, todo lo que podamos desear? ¿Por qué eso es una gran riqueza espiritual?

—Lo ignoro —reconoció ella—. Pero quizá no se nos ocurra nada precisamente porque no sabemos leer.

—Aprender a leer... —Miguel estaba rabioso: por esa insignificancia su padre había muerto antes de tiempo—. Vaya cosa...

—¿Te acuerdas de una cena, hará dos años, en nuestra casa? —rememoró Glaster—. Hablaron de los antiguos, de la lectura, y mi madre afirmó que la lectura ensanchaba la imaginación.

—Sí —recordó Miguel—. Mi padre lo comparó con pilotar el maserauto manualmente. Podrías escoger la velocidad, el ritmo, el trazado de las curvas, cuándo acelerar, dar marcha atrás... Comparó la conducción automática con la grabación de archivos.

—Pero sería como retroceder unos siglos —opinó Glaster.

—Aunque, por otro lado —reflexionó Miguel, que tenía carga una ampliación de los conocimientos históricos elementales—, si retrocediéramos varios siglos más, otra vez nos encontraríamos con que la gente no sabía leer... Así que sería un avance...

—Miguel —dijo Glaster, mirándole fijamente—. ¿Me vas a contar lo que sabes? Mi madre hablaba de una contraseña y no dice cuál es, así que sospecho que tu padre te la confió.

Miguel decidió compartir la contraseña, pero callar lo del activador.

—Un hombre vale más que una mujer... —empezó.

—¿Qué? —saltó Glaster, como si le hubiera picado un escorpión—. ¿Sabes que te podría denunciar por eso?

—Pero... ¡Es que esa es la contraseña!

Glaster le miró sin saber si creerle o no.

—De verdad —aseguró Miguel—. Y han de contestarnos: sí, pero tres mujeres valen más que tres hombres.

—Ah, bueno —dijo Glaster.

Se levantaron y caminaron bordeando el parque.

—Nos han dado una contraseña y energía para llegar a Ulectra —recapacitó Miguel.

—Y una misión —dijo Glaster—: conectar un activador, que por cierto no tenemos, en el Ordenador Central, que por cierto no sabemos cómo funciona, para que la gente pueda leer. Y me da igual no saber qué es eso de leer ni por qué es tan importante...

—¿Por qué no nos habrán dado el activador? —se preguntó cínicamente Miguel.

—Quizá lo tengan esos amigos que se darán a conocer con la contraseña —aventuró Glaster.

Se habían detenido junto a un ciprés de más de cincuenta metros de altura. Ambos evitaban mirar hacia su urbanúcleo.

—La policía nos estará buscando, no hay tiempo que perder —dijo Glaster, resuelta, adivinando las dudas de Miguel—. Y se lo debemos. Vamos a acabar lo que empezaron nuestros padres. ¿O te vas a rajar?

—¿Tú crees que vale la pena?

—Si ellos lo intentaron, será porque merecía la pena. Se lo debemos, se lo debes a Van Horne —afirmó Glaster, con un tono firme y persuasivo—. Él confiaba en ti.

—A ellos les quedaba poco tiempo, tú y yo estamos en la flor de la vida... —se resistió Miguel—. Ellos arriesgaban cinco años de vida, tú y yo, sesenta.

—¡Tírate por un barranco! —se indignó Glaster—. Parece mentira que digas eso. ¡Eres un cobarde!

—No soy un cobarde —se defendió él—. Simplemente, creo que no lo lograríamos.

—Nos han educado de manera que conseguimos todo sin intentarlo. Aunque sea por una vez, me gustaría intentar algo aunque no lo consiga —aseguró ella, con cierta solemnidad—. Iré yo sola. Su sacrificio no será en balde.

Glaster echó a andar.

—¡Eh! —gritó Miguel—. ¿Adónde vas?

—A Ulectra —respondió Glaster sin volverse—. Será mi manera de demostrar a mi madre cuánto la quería, esté donde esté.